

LOS 'GALLEGOS' EN EL IMAGINARIO ARGENTINO: RECONOCIMIENTO Y ASIGNATURAS PENDIENTES

Por María Rosa Lojo¹

Resumen

La huella de Galicia en nuestro imaginario fundador no es proporcional a su gran importancia demográfica. Podemos conjeturar varias razones posibles para este olvido u ocultamiento deliberado: la carga insultante que el gentilicio “gallego” (luego equivalente aquí a “español” en general) traía ya desde la Península, el peso de algunos rasgos despectivos de este estereotipo étnico, el rechazo de España como matriz cultural que se prolongó después de la Independencia; el rápido abandono de la lengua gallega por un legítimo deseo de asimilación y ascenso social. Cuando comiencen las reivindicaciones hispanistas por parte de intelectuales argentinos, la mayor parte no incluirá a Galicia. Y, aunque la prensa de las asociaciones y las élites de artistas y escritores gallegos intenta revertir esta tendencia, no logra incidir lo suficiente en la sociedad argentina, ni dentro del mismo colectivo migratorio. Con todo, la literatura ha sido capaz de presentar imágenes complejas que exceden las estereotipadas.

Nuestro país ha sido el destino migratorio más importante para los gallegos². Recíprocamente, estos representan el colectivo español más numeroso, lo que les otorga un lugar preponderante en la trama étnica de la Argentina moderna, si se tiene en cuenta que la inmigración hispánica es la más nutrida después de la italiana.

¹ Investigadora Principal del CONICET, Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador.

²Para una descripción sucinta del fenómeno migratorio gallego en la Argentina, ver Villares Paz - Fernández Santiago (1996).

Más del 17% de todos los migrantes europeos arribados entre 1857 y 1930 pertenecían al colectivo gallego. Hacia 1914, Buenos Aires era la “ciudad gallega” más grande del mundo, con 150.000 habitantes de ese origen. Los cálculos de los especialistas estiman que nuestra República recibió entre la primera de las fechas mencionadas y 1960 no menos de 1.100.000 personas nacidas en Galicia, de las que unas 600.000 acabaron por radicarse definitivamente. (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 21; Farías, 2010b).

Sin embargo, este aporte demográfico no es proporcional al lugar (a menudo minimizado o ridiculizado) que ocupa Galicia en las representaciones que la Argentina ha propuesto sobre sí misma. ¿Por qué sucede esto? Planteo aquí algunas hipótesis, en la línea de las reflexiones ya iniciadas con el libro *Los ‘gallegos’ en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa* (2008), fruto de un proyecto financiando por el Concello da Cultura Galega que me tocó dirigir, y cuya autoría comparto con los investigadores Marina Guidotti y Ruy Farías.

“Gallego”: ¿insulto, o gentilicio?

Ante todo, hay un rechazo cultural que viene de lejos. Llega desde la misma Península Ibérica, donde el desdén se expresa en el uso del término “gallego”, desde el Siglo de Oro, en tanto nombre común de carácter insultante (Guitarte, 1996: 223). La literatura áurea se ensaña con los gallegos, mujeres y varones, de baja condición social, condenados a la servidumbre, y les endilga todos los defectos y vicios, desde la fealdad y el desaliño hasta la deslealtad, el latrocinio, la ignorancia, la ebriedad, la lascivia, la inconstancia en el trabajo (Teijeiro Fuentes, 2000). La calificación de los gallegos dentro de España llega a ser tan ínfima como la que los pueblos aborígenes merecen en la Argentina en la época de la Generación del ’80, regida por las ideas-fuerza del Progreso y la Civilización (Lojo, 1994: 175-177; Biagini, 1980: 52), que no los reconoce como sujetos culturales.

Al pasar a América, los múltiples disvalores asociados al mote “gallego”, se concentran sobre todo en dos: la pobreza y la rusticidad: En épocas turbulentas de lucha

anticolonial, bajo ese anatema despectivo se había englobado a todos los españoles. También se los llamó, con intención denigrante, “godos”, “sarracenos” o “maturrangos”, apelativos que hoy han pasado a ser arcaísmos. Pero el de “gallego” sobrevive obstinadamente, quizás –aquí sí— por la importancia cuantitativa del colectivo, y va perdiendo el carácter de mero insulto. A ciertos rasgos negativos del estereotipo ya heredado de la Península, se agregan otros positivos: honradez, laboriosidad, integridad moral, que no borran, empero, la baja calificación de los gallegos (en cuanto a prestigio) en el mapa de “jerarquías étnicas” descrito por Arturo Jauretche y otros autores (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 105-107)³.

Independencia y distanciamiento cultural de España

Otro factor a tener en cuenta es que la independencia política argentina implicó también una empresa de independencia cultural con respecto al imperio español. Bien señala Borges que nuestra historia es también la historia de “un querer apartarse de España”, de “un voluntario distanciamiento de España” (1974: 267- 274). Juan Bautista Alberdi, uno de los miembros más brillantes de la llamada “Generación del ‘37”, enunció tempranamente, en las reuniones del Salón Literario de Marcos Sastre, una declaración de Independencia que comprometía la cultura toda de la nueva nación y en particular, las bases mismas de la identidad lingüística. Colocó, por lo demás, como modelo, no ya heredado, sino libremente elegido en un gesto de autonomía, el paradigma francés: “El día que dejamos de ser colonos, cayó nuestro parentesco con la España: desde la República, somos hijos de la Francia” (1984: 153)⁴ “Nuestra lengua aspira a una

³ En el último cuarto del siglo XIX, por otra parte, según nos recuerda Hugo Biagini las tesis racistas del positivismo en expansión se ensañan en general, con los hijos de España: “Hasta se les llegó a asignar, a los españoles, una capacidad craneana y un coeficiente antropométrico muy por debajo del de los habitantes del centro y norte de Europa, lo cual colocaba a aquéllos en una posición intermedia entre el caucásico y el negro.” (Biagini, 2009: 99)

⁴ “Si una lengua no es otra cosa que una faz del pensamiento la nuestra pide una armonía íntima con nuestro pensamiento americano, más simpático mil veces con el movimiento rápido y directo del pensamiento francés que no con los eternos contorneos del pensamiento español.” (Alberdi, 1984: 183)

emancipación, porque ella no es más que una faz de la emancipación nacional, que no se completa por la sola emancipación política [...] El pueblo fija la lengua, como fija la ley; y en este punto ser independiente, ser soberano, es no recibir su lengua sino de sí propio.” (1984: 154-155).

Es interesante notar que tal proclama de separación lingüística puede no solo implicar la opción por un paradigma cultural no español, sino también la revalorización de otros paradigmas ibéricos no castellanos. El crítico literario, filólogo y erudito por antonomasia de esta misma generación: Juan María Gutiérrez, prefiere rechazar, en 1876, el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española, Sus argumentos son elocuentes. Los argentinos, sostiene, no pueden velar por la pureza de la lengua castellana como si fueran españoles de Castilla. Por el contrario, se han emancipado de España y están abiertos a las múltiples migraciones de otros pueblos ibéricos como el catalán o el gallego, así como de toda Europa: “En las calles de Buenos Aires resuenan los acentos de todos los dialectos italianos, a par del catalán que fue la lengua de los trovadores, del gallego en que el Rey sabio compuso sus cántigas, del francés del norte y mediodía, del galense, del inglés de todos los condados, etc., y estos diferentes sonidos y modos de expresión cosmopolitizan nuestro oído, y nos inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional” (2006: 417-418).

Reivindicaciones hispanistas: presencia y ausencia de Galicia

Si bien Francia e Inglaterra se erigen en modelos de cultura y de civilización durante la segunda mitad del siglo XIX; si las clases dirigentes argentinas se educan preferentemente en las lenguas de estas naciones hasta entrado el siglo XX, también surgen voces intelectuales que inician una empresa de reivindicación del legado hispánico, como los exponentes del llamado Primer Nacionalismo: Manuel Gálvez (1882-1962) y Ricardo Rojas (1882-1957).

Pero para Manuel Gálvez, autor del emblemático libro *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), España se reduce a, o se concentra en, Castilla. Allí está, para él, la médula

verdaderamente representativa “que unificó a todo el país imponiendo a todas las comarcas su espíritu, su idioma, su gobierno, sus leyes.” (2001: 90), la marca común en todas las regiones peninsulares⁵, el legado que España deja en los pueblos mestizos hispanoamericanos, también en el argentino.

Por cierto que en esa España (o Castilla) ancestral, recibida como herencia, no parecen estar comprendidos los miles de inmigrantes que llegan para desempeñar tareas de rudo trabajo, y a los que, por su condición de “miserables glebarios” (171) se los considera desprovistos hasta de la capacidad estética. Inmigración equivale en este libro liminar de Gálvez a “barbarie”, a “desnacionalización”, a mero “espíritu mercantilista” y búsqueda de lucro sin que se aborde de manera puntual la situación de los numerosos españoles (gallegos en particular) que en ese mismo momento están arribando al país. En otro libro posterior de Gálvez: *El solar de la raza* (1913), la desconsideración hacia el aporte de Galicia no cambia. Se trata, en su mayor parte, de un relato de viaje a España, buscando las fuentes de la cultura argentina, en un gesto afín al “regeneracionismo” del 98 (Quinziano, 2005). A pesar de las diferencias regionales, que reconoce como profundas, “no debe atenderse”, insiste Gálvez, sino “al alma castellana. Lo castizo, o sea lo hondamente español, es lo ‘castellano’. Bien pudiera decirse que Castilla está moralmente en toda España” (1913: 39).

El panorama es diferente en la obra de Ricardo Rojas. Autor en su juventud del libro *El alma española* (1907), concibe también por entonces, pero publica muy tardíamente, recién en 1938, su *Retablo español*, un ensayo que sí se ocupa de Galicia y a sus intelectuales, para configurar la imagen de una “ilustración gallega” muy distante de los estereotipos al uso. El periodista y narrador Roberto Arlt plasmaría también la visión de una “Galicia civilizada” en las *Aguafuertes gallegas*, fruto de su viaje a España en 1935.

⁵ Hasta los vascos más eminentes (San Ignacio de Loyola, Unamuno, Baroja y otros) son emergentes de ese espíritu castellano, según se aclara en la misma página en nota al pie.

Rojas se remonta al padre Feijóo, “hombre excepcional por su curiosidad enciclopédica y su libertad de entendimiento” y defensor de los criollos contra las teorías “degenerativas” que los consideraban inferiores a sus antepasados españoles. Un capítulo se consagra a los que llama “Caracteres del regionalismo gallego”. Enumera aquellos “hombres y mujeres notables en arte, ciencia, política, armas y negocios” que han dado gloria a Galicia. Habla del renacimiento de la lengua literaria y desde luego, de Rosalía de Castro, a la que califica como “voz ingenua” capaz de lirismo y también de iracunda protesta contra la injusticia. Y destaca, como mujer intelectual de avanzada, a Emilia Pardo-Bazán, que no escribe en idioma gallego, pero sí apela al imaginario y a la realidad de su tierra.

Rojas define a Galicia por el paisaje y por la lengua. “Comarca sensual y musical, sobre ella flotan el canto de la gaita y el dejo blando de su idioma” (ibídem: 343); es “un estilo de vida y de expresión”, “una personalidad histórica”, un pueblo con alma lírica y romántica. Su profundo encanto “casi femenino”, retiene a sus hijos en una nostalgia que no los abandonará nunca. Sin duda, esos emigrantes que se embarcan en su mismo viaje de retorno y se despiden con “con lágrimas en los ojos”, sí tienen para él un futuro dentro de la Argentina: “Dábanme ganas de decirles que ellos eran ya mis compatriotas. Venían a continuar la obra de los antepasados, y ellos son, también, en su anónima humildad, ministros de la historia; sus huesos serán mañana polvo de la Pampa, y en sus hijos retornará la vieja estirpe a nueva gloria.” (ibídem: 345)

Pero la reivindicación hispanista no implicó, en general, trasladar a Galicia, en la percepción de los argentinos, desde un lugar marginal a una posición central, que reconociese tanto los aportes demográficos como los culturales. El caso del popular semanario *Caras y Caretas*, estudiado por Ruy Farías entre los años 1898 y 1923, es muy ilustrativo en cuanto a las tensiones semánticas en juego. A lo largo de esos años, se afianzan en esta publicación los rasgos tanto positivos (laboriosidad, honradez, lealtad) como negativos (incultura, suciedad, tacañería) del estereotipo galaico, así como los antecedentes del “galaico” definido por Antonio Pérez Prado y consolidado en la historieta por la figura de “Manolito”, y se da cuenta, en muchas ficciones publicadas allí, de los oficios populares a los que los gallegos se dedican. Aparecen también noticias

de todo tipo sobre la colectividad, en Galicia y en la Argentina, en el pasado y en el presente. Pero cuando se trata de destacar aquellas personalidades que han hecho y hacen aportes decisivos en el campo cultural y científico, no suele identificárselas como “gallegas”, sino ante todo como “españolas”. Esto va cambiando hacia fines del período, momento en que también se empieza a hablar del gallego como idioma y no como dialecto. La influencia del *galeguismo* pre-nacionalista, sugiere Farías (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 269), comienza ya a hacerse sentir.

Algunas vueltas de tuerca: reacciones del galleguismo argentino

Los gallegos afincados en la Argentina no quedan por cierto inertes ante el arrinconamiento y la marginación del colectivo que se percibe no solo como una actitud desdeñosa de los nativos, sino como una prolongación del *síndrome de aldraxe* (ultraje) (Núñez Seixas, 2002: 126-131) que los gallegos sufren en la Península por parte de los demás españoles, sobre todo, los castellanos.

La primera actitud reactiva, ya hacia fines del siglo XIX, implica no solo la reivindicación de Galicia como parte de España, sino, más aún, la “reivindicación de la inmigración gallega como ‘punta de lanza’ de la defensa de la Hispanidad supuestamente amenazada en la Argentina por la marea de inmigrantes italianos” (Farías 2010a: 54). Las asociaciones de carácter mutual, benéfico y también cultural, que florecen y se multiplican desde la creación del primer Centro Gallego en 1879, tienen un papel relevante en las sucesivas redefiniciones de la galleguidad y del lugar de Galicia tanto con respecto a España como a la Argentina. En principio, a través de la prensa colectiva y societaria, se busca afianzar un estereotipo del “buen inmigrante” gallego, que se recorta como emergente representativo por excelencia de España y sus virtudes. Si esta postura no se discute hasta 1920, luego comienzan a aparecer otros matices que señalan las diferencias nacionales de Galicia con respecto al Estado español, a veces sin conflicto, y otras veces como oposición que incluye la denuncia de un centralismo opresivo por parte de Castilla. Se remarca, incluso, la precedencia y preeminencia del

gallego como lengua culta fundadora, influyente sobre el portugués y sobre el castellano y se va afirmando un concepto de Hispanismo no castellano céntrico (Farías 2010a: 57). En cuanto a la Argentina, se resaltan sus vínculos genealógicos con Galicia, las raíces gallegas de muchos próceres, las opiniones favorables pronunciadas sobre los gallegos tanto por argentinos como por extranjeros célebres; se destacan los ilustres de la colectividad y entre ellos, cada vez más, aquellos que también son representativos de la nacionalidad y la democracia.

Estos cambios son potenciados por la creciente incidencia de núcleos galleguistas y republicanos en las asociaciones. Baste señalar que en el Centro Gallego y en el mencionado periódico colaboraron figuras como Alfonso Rodríguez Castelao, Ramón Suárez Picallo, Vicente Risco, Arturo Cuadrado, Ramón Otero Pedrayo y Rafael Dieste. Los mismos que fundaron importantes revistas, e incluso colecciones en alguna editorial de extensísima trayectoria en la cultura argentina, como Emecé (Nova y Botella al Mar se cuentan también entre esos emprendimientos). Empero, señala Eva Gugenberger (2011:129) ello no bastó para imprimir un giro a la autoestima lingüística y cultural de la comunidad: “el movimiento galleguista intelectual no logró cambiar la actitud de la masa de los migrantes, ni de los ya residentes en Buenos Aires, ni de los que llegaron en los años 50, huidos de la miseria de la posguerra y marcados por el sistema represivo de Franco.”

Conclusiones: avances y asignaturas pendientes

A través del estudio de las representaciones literarias de los gallegos en la Argentina: en narrativas y memorias, en el sainete, también en la prensa, puede apreciarse cómo la negatividad inicial del gentilicio y del estereotipo étnico se suavizan, se matizan, e incluso, se contradicen y contrastan con valencias positivas. Si bien, cuando las referencias se dedican a españoles destacados nacidos en Galicia, se prioriza su condición de españoles y muchas veces no se alude a su origen específicamente gallego.

Por otro lado, faltan, decididamente, representaciones de los gallegos como creadores e intelectuales. Desde luego, es cierto que en ninguna inmigración masiva estos son mayoría. Pero en lo que hace a la figura del gallego intelectual, parece plantearse una verdadera *contradictio in terminis*. Tal vez algo de las iras sarmientinas contra el atraso de España en textos como “Gallegos de aquende y de allende” reverberan aún en la sátira feroz de *Respiración artificial* (1980) de Ricardo Piglia, cuando se menciona, no ya a gallegos en sentido estricto, sino a españoles de otras latitudes: Manuel García Morente, “el asno español II” o José Ortega y Gasset, “Rey de los Asnos Españoles o Asno I”.

Quizás el caso más notable de “ausentismo” en la representación ficcional de los gallegos de Galicia como intelectuales y literatos lo ofrece Julio Cortázar, precisamente por la presencia directa y fundamental que escritores y editores de este origen tuvieron en su vida, comenzando por quien fue su primera mujer, la traductora Aurora Bernárdez, por su hermano, el poeta Francisco Luis Bernárdez, y siguiendo por su gran editor, Francisco Porrúa, nacido en Corcubión.

Las figuras de gallegos y gallegas que pueden relevarse en la obra cortazariana desempeñan otras tareas, más acordes con los oficios de calificación menor (porteros, enfermeras, camareras) asociados al verosímil representativo generalizado de la colectividad.

El llamado “autoodio” gallego es sin duda otro elemento a tener en cuenta en cuanto al esfumado y la disolución de las huellas culturales específicas de Galicia en la sociedad argentina. Las mismas marcas lingüísticas provenientes del idioma gallego son relativamente escasas (fuera de algunos préstamos léxicos) en el español rioplatense. Los propios inmigrantes, acuciados por el afán de ascenso social, trataban de mimetizarse lo más pronto posible con el nuevo entorno, y abandonaban rápidamente la práctica de una lengua que por entonces no era percibida como tal, sino como un dialecto, más o menos defectuoso, del español peninsular.

Podemos decir que hoy día el panorama es muy distinto. Superados ya los años de represión cultural y política, el gallego es una de las lenguas oficiales del Estado español, respaldado por una rica literatura contemporánea. También por otro lado, se estudia y se reconoce, dentro de Galicia, el legado que la comunidad de intelectuales galleguistas exiliados en la Argentina durante esos años oscuros, logró dejar para (re)construir la Galicia futura.

Y dentro de la Argentina, el rescate de una memoria activa se halla en pleno proceso: a través de generaciones más jóvenes de gallego-descendientes que se reconocen como tales y que se han propuesto recuperar la lectura y la escritura de la lengua, así como la memoria y las narrativas de un pasado todavía cercano, redescubriendo sus agentes culturales, y proyectando esas identidades ocultas hacia el porvenir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBERDI, JUAN BAUTISTA, 1984. *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, Introducción y notas de Ricardo Grinberg, Buenos Aires: Biblos.

BIAGINI, HUGO, 1980. *Cómo fue la generación del '80*, Buenos Aires: Plus Ultra.

___, 2009. *Identidad argentina y compromiso latinoamericano*, Lanús: Universidad Nacional de Lanús, Colección Humanidades y Artes.

BORGES, JORGE LUIS, 1974. "El escritor argentino y la tradición", *Discusión*. [1ª ed. 1932], *Obras Completas*, Buenos Aires: Emecé, 267- 274.

FARÍAS, RUY, 2010a. "Viejos estereotipos y nuevos discursos: la visión de Galicia y de los gallegos en una fracción de la élite galaicoporteña a mediados de la década de 1940", *Madrygal*, 13, 51-61.

___, 2010b. "Los fondos documentales de la FAGA-MEGA y el estudio de la integración de los gallegos en la Argentina. Una primera aproximación.", 5º Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, 26 de Junio.

<http://www.bn.gov.ar/evento/5o-encuentro-de-bibliotecas-de-colectividades>

GÁLVEZ, MANUEL, 2001. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Estudio Preliminar de María Teresa Gramuglio. Buenos Aires: Taurus [1ª. ed. 1910].

_____, 1913. *El solar de la raza*, Buenos Aires: Cooperativa Nosotros.

GUGENBERGER, EVA, 2011. “¿Existe un ‘cocoliche gallego’? La inmigración gallega y sus implicaciones lingüísticas.”, Ángela Di Tulio y Rolf Kailuweit (Eds.), *El español rioplatense: lengua, literatura, expresiones culturales*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 124-135.

GUITARTE, GUILLERMO L., 1996. “El argentinismo gallego ‘español’. Historia americana de un insulto español”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo LXI, 241/242, 211-248.

GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA, 2006. “Cartas de un porteño. Carta al señor secretario de la Academia Española”, *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, Selección, Prólogo y Cronología de Juan G. Gómez García, Bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 416-422.

LOJO, MARÍA ROSA, 1994. *La ‘barbarie’ en la narrativa argentina, siglo XIX*, Buenos Aires: Corregidor.

LOJO, MARÍA ROSA (DIR.), GUIDOTTI DE SÁNCHEZ, MARINA Y FARIÁS, RUY, 2008. *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.

NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M., 2002. *O inmigrante imaxinario*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

QUINZIANO, FRANCO, 2005 “Miradas rioplatenses en los albores del siglo XX: Manuel Gálvez, viajero espiritual”, *Cuadernos CANELA* (Confederación Académica Nipona, Española y Latinoamericana), Vol. XVII, 125, 123-141.

<http://www.canela.org.es/cuadernoscanela/canelapdf/cc17quinziano.pdf>

ROJAS, RICARDO, 1938. *Retablo español*, Buenos Aires: Losada.

TEIJEIRO FUENTES, MANUEL, 1996. “Galicia y los gallegos en la literatura española del Siglo de Oro”, *Scriptura*, 11, 203-246.

VILLARES PAZ, RAMÓN Y FERNÁNDEZ SANTIAGO, MARCELINO, 1996. *Historia da emigración galega a América*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.